

# EL SIGLO

IMPRESA: CALLE 25 DE MAYO, 58

EDICION DE LA TARDE

ADMINISTRADOR: JULIAN ALVAREZ SUSVIELA

## EL SIGLO

### Colmo de intolerancia

Después de haber dado cabida en las columnas de *El Siglo* a una serie de artículos sobre internatos de instrucción primaria, hemos publicado esta mañana la primera de las cartas que el doctor don Francisco A. Berra dirige al doctor don Ramon Lopez Lomba evacuando una consulta que este le hizo con fecha 30 de Julio último sobre algunos puntos referentes a la instrucción.

Procediendo de esta manera demostramos el sincero deseo que nos anima de que asunto de tanta importancia se dilucide por personas competentes, á fin de que se adopten las resoluciones que mas eficazmente contribuyan al mejoramiento y al progreso de la instrucción pública.

Pero sin perjuicio del estudio que se haga sobre la materia y de la diversidad de opiniones que ese estudio pueda sugerir, es de nuestro deber combatir la intolerancia de los que á trueque de sostener el predominio exclusivo de la escuela ultramontana, excitan al pueblo á que resista el establecimiento de las granjas escuelas de que se trata.—Esta es la actitud del diario católico *El Bien*.

No entra el colega á examinar si el establecimiento de las granjas escuelas será útil y conveniente para difundir los conocimientos agrícolas. Eso poco le importa: considera el asunto exclusivamente bajo el punto de vista de sus tendencias anti-liberales, y no vacila en declarar resueltamente que las granjas escuelas son más bien un germen perturbador que una iniciativa benéfica. Al mismo tiempo que esto dice, no puede menos de reconocer que esas escuelas están indudablemente destinadas á influir en el cambio inteligente de nuestro estado ganadero al de agricultor.

Nadie puede dudar de que la prosperidad y el progreso de este país depende en gran parte de la inmigración que venga á aumentar la escasa población del mismo. También es innegable que naturalmente una parte muy considerada de los inmigrantes ha de proceder de países no católicos. —Pues siendo esto así, apenas se concibe la obcecación que induce al colega á oponerse á que se establezcan escuelas rurales, si en ella se da una enseñanza que no sea exclusivamente católica. —«Nuestros conciudadanos de campaña, dice *El Bien*, no deben contribuir con poco ni mucho, á esa obra que tendrá los mismos caracteres, quizás más acentuados, que la escuela Varelana. Sería un error funesto, de cuya comisión se debe huir, prestar su contingente á esos trabajos desmoralizadores que bajo formas simpáticas y entre propósitos en apariencia patrióticos, tienen por único y principal fin arrancar á Dios de nuestra campaña, combatir la religión y propagar los principios del moderno liberalismo.»

El celo católico de *El Bien* le extravía y le hace incurrir en ridículas exageraciones. ¿De qué ha sacado el colega que el único y principal objeto del establecimiento de las granjas escuelas es arrancar á Dios de nuestra campaña? ¿Por ventura no se puede creer en Dios sin ser Católico Apostólico Romano? ¿Quién ignora que la base de todas las religiones y de todas las sectas es la creencia en Dios?

Peró, prescindiendo de esto, fácilmente se comprende que el objeto especial de las granjas escuelas es la enseñanza de la agricultura. —Para hacer comprender la utilidad del arbolado, para enseñar á sembrar y cultivar el maíz y el trigo, para dar lecciones sobre viticultura y sobre el modo de obtener cosechas de uva, de aceituna, de tabaco y de frutas, no es necesario por cierto discutir problemas religiosos ni combatir el catolicismo. ¿Por qué entonces dice *El Bien* que nunca se arrepentirán bastante los católicos que se dejan embaucar por las falsas promesas de los propagandistas de las granjas escuelas, y que nunca le inculcará lo suficiente la necesidad de combatirlos en todos los terrenos?

Por mas que el colega afecte cierta seguridad de que no conseguirá su objeto los que quieren establecer granjas escuelas, bien se comprende que no las tiene todas consigo, cuando se muestra temeroso de los efectos de la protección oficial, á la que supone que aquellos recurrirán. —Naturalmente, tratándose de escuelas públicas, claro está que para establecerlas hay que contar con la protección oficial; y confiamos en que esto no fallará, porque no habria razon para que los habitantes del campo dejaran de ser católicos, cuando se trata de una evolucion tan importante como la de generalizar las faenas agrícolas en este país.

No se empeñe pues el colega en oponerse á una provechosa evolucion y sobre todo no trate de desnaturalizarla suponiendo que no obedece á otros propósitos que á combatir la religión y á arrancar á Dios de nuestra campaña.

## BANCO NACIONAL

REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY  
Servicio de la Deuda Amortizable  
Cuota correspondiente al mes de Julio ppd. . . . \$ 18.687 77  
Saldo del servicio anterior. . . . 6 14  
\$ 18.693 91

El 23 del corriente, á las 12 del día, tendrá lugar la apertura de propuestas para la amortización de títulos de dicha Deuda, hasta la cantidad de diez y ocho mil seiscientos noventa y tres pesos y 91 céntimos en efectivo, que corresponde á este servicio.

Se previene que los proponentes deben asistir al acto y que se exigirá cuando se considere necesario, la presentación previa de los títulos que se ofrezcan á la amortización.

Montevideo, Agosto 23 de 1888.  
2205-ag-29. El Secretario.

## COMPañía NACIONAL DE Crédito y Obras Públicas

Por acuerdo del Sindicato concesionario de esta Compañía, se avisa al público que desde hoy á las horas acostumbradas de oficina (10 a. m. á 4 p. m.) comenzará la entrega de los títulos provisionales de las acciones.

Montevideo, 21 de Agosto de 1888. 218C-st.7

## La Agrícola Industrial

CAPITAL: \$ 250,000  
DIVIDIDO EN 2,500 ACCIONES DE \$ 100

OBJETO DE LA SOCIEDAD:  
Cultivo y elaboración de lino, cáñamo, mani y tabaco. Fabricación de cuerdas.

Comision Iniciadora  
Doctor don Carlos María de Pena.  
» Francisco A. Lanza.  
» Luis Sivori.  
» Pablo de Malherbe.

Queda abierta la suscripción de acciones de esta Compañía desde el lunes 20 del corriente en el escritorio de la misma, calle Misiones núm. 91 de 1 á 4 de la tarde.

Montevideo, Agosto 18 de 1888. 2161-ag-30

## Congreso de la tuberculosis

Primera sesión.—Organización del Congreso.—Su éxito entre las sociedades sabias de Francia y del extranjero.—Respuesta poco cortés de una sociedad de medicina alemana.—Peligros de la leche y de la carne de los animales tísicos.—Los bebedores de sangre.

Paris, Julio 28.

El congreso para el estudio de la tuberculosis celebra desde hace dos días sus sesiones en el gran anfiteatro de la facultad de medicina. La reunión pública inaugural ha sido un verdadero éxito. Mas de ochocientos auditores, todos médicos ó veterinarios, oprimíanse en la gradería, mientras que los corredores regurritaban de reatardatarios que no habían podido encontrar un sitio. En el estrado, M. Chauveau, del instituto, nombrado presidente del congreso por unanimidad; los profesores Villemin, Verneuil, Brouardel, decano de la facultad; Cornil, el baron Larrey, Herard, Bucquoy, Laboussier y el doctor Petit que habiendo sido el promotor principal del congreso, debía ser naturalmente electo como secretario general.

Las principales ciudades de Francia, las sociedades médicas de provincia han enviado su adhesión y se hallan representadas en el congreso por uno ó varios delegados. Del extranjero se han recibido demostraciones de simpatía inequívocas.

Gran número de representantes de las facultades de Europa han tenido á honor tomar parte en las discusiones sobre la tuberculosis. Solo una sociedad de ultra Rhin ha creído deber, no solamente abstenerse, sino tambien formular su negativa en términos descorteses. El secretario general, en su notable informe sobre la

organización del congreso, ha sabido hacer justicia pronta y barata á ese insulto, tan torpe como injustificado. Ha sido objeto de una ovación calurosa de parte de los médicos extranjeros empeñados en atestiguar su simpatía á la Francia y su admiración por la ciencia francesa.

La discusión se inicia por una comunicación de M. Nocard, profesor de Albert, sobre los peligros de la leche y de las carnes provenientes de animales tuberculosos. En lo concerniente á la leche todo el mundo está de acuerdo: la leche puede constituir una causa poderosa de producción de la tisis; pero como el báculo no resiste temperaturas elevadas, basta hacer hervir el líquido sospechado para evitar toda probabilidad de contagio. En cuanto á la carne, es una cuestión mas compleja. Mientras que unos pretenden que la tisis no puede ser provocada sino por las porciones del animal que encierran lesiones tuberculosas, otros sostienen que todo animal tísico, aunque solo tenga algunos tubérculos, en los pulmones, debe ser suprimido de la alimentación.

A este respecto, los veterinarios se dividen en dos campos, los partidarios del secuestro parcial y los del secuestro total. Los primeros quieren que se examine profíjamente en los mataderos todas las partes de un buey tísico y que solo se destruyan las que son tuberculosas.

Los segundos son mucho mas radicales: por el hecho de que los pulmones están reconocidos como atacados de tisis, piden que toda la carne del animal sea decomisada y destruida. Algunos pretenden que pase al horno crematorio para evitar todo fraude. Pero aquí grandes intereses comerciales están en juego. Es de temer que medidas demasiado radicales pongan trabas á la industria cárnica. Podría resultar un aumento considerable en el precio de la carne, que ya no es muy barata.

Intervienen los oportunistas que proponen una solución muy seductora, la de indemnizar á los propietarios de animales decomisados. Desgraciadamente los veterinarios y los médicos están menos familiarizados con las cuestiones económicas que con las de higiene, y mucho me temo que comamos durante largo tiempo aun costillas tuberculosas ó bifés rellenos de bacilos. Abran el ojo los aficionados á la carne casi cruda!

En cuanto á las personas que prefieren la carne muy cocida, pueden estar tranquilas y comer sin temor de inocularse la tuberculosis.

Sobre este último punto, oportunistas y radicales, partidarios del decomiso parcial y partidarios del decomiso total, están de acuerdo y se han lanzado á una carga á fondo contra los médicos que ordenan la carne cruda y sobre todo contra aquellos que envían á sus enfermos á que beban sangre fresca en los mataderos. Parece que este es el mejor medio de contraer la tisis y, cosa rara, generalmente son los tísicos los condenados á este régimen repugnante. El tratamiento de la tisis por la tisis, hémos aquí en plena homeopatía. M. Guinard, veterinario inspector de Dijon, refiere la historia de una dama á quien veía con frecuencia en el matadero á donde iba á beber con la mayor convicción vasos llenos de sangre y que pretendía hallarse muy bien con ese tratamiento.

Ahora bien, en el mes de Setiembre último, un buey magnifico habia suministrado á la enferma su bebida habitual. Algunos instantes después, M. Guinard decomisaba la carne del animal que, contra toda apariencia, estaba tuberculosa.

Hace pocos días la bebedora de sangre sucumbió víctima de la tisis pulmonar. Moraleja: Los anémicos harán bien en renunciar á beber sangre; deben dar la preferencia al vino de Burdeos. Aquí, nuevo peligro: parece que los vinticultores emplean sangre de buey para clarificar sus vinos. No se necesita mas para esponder al consumidor á contraer la tuberculosis. Es cosa de hacer estremecer.

Para terminar, M. Dionis des Carrières, delegado de la sociedad médica del Jonne, hace notar con mucha cordura que hasta ahora todos los ensayos que han servido de base á las discusiones han sido hechos en animales inferiores y que no es dado deducir, según lo que pasa en los conejos y cuises, que el contagio por medio de los alimentos existe en el hombre. M. Dionis des Carrières no se anda con rodeos; propone simplemente alimentar á los condenados á muerte con carnes tuberculosas durante cuarenta días para ver si se ponen tísicos.

Es una manera como otra cualquiera de hacer pagar á los criminales su deuda á la sociedad. Por lo demás esta idea no es nueva; fué ya puesta en práctica bajo Luis XIV para ensayar un nuevo procedimiento en la operación de la piedra. El condenado á muerte sufrió la operación y sanó. Fué agraciado: habia ganado bien su perdón.

Por mas extraña que parezca, esta moción no fué rechazada, pero se ha creído deber aplazar los ensayos hasta el día en que se descubra el remedio específico.

Es lo que sabremos dentro de poco, pues el congreso va á abordar el estudio de los tratamientos de la tuberculosis.

## HECHOS Y RUMORES

La donna è mobile—Antes de representar-se el *Rigoletto* de Verdi, ocurrió un hecho muy curioso. Cuando se ensayaba el acto cuarto, el tenor Mirate, encargado del papel de duque de Mantua, notó que faltaba un trozo que debía de cantar solo. . . . Me manca un pezzo (me falta un pedazo), dijo al compositor. A tempo... te lo darò (hay tiempo, ya te lo daré) le contestó Verdi.

Diariamente se repetía la petición de un lado y se contestaba de igual modo por otro. Mirate comenzaba ya á impacientarse, cuando al fin la víspera del ensayo general, Verdi le llevó un papel que contenía la famosa *cantata*, la donna è mobile.

Mirate abrió el papel, y viendo que la cosa era fácil se puso muy contento.

—Mirate—le dijo Verdi—me das tu palabra de honor de no cantar esa canción en tu casa ni en ninguna parte, de no zibarrar; en una palabra, de no hacerla oír á nadie?

—Lo prometo—respondió el tenor.

Verdi se tranquilizó. ¿Cuál era la razón del secreto buscado por el maestro?

Verdi contaba con el efecto de esa *cantata*, de un ritmo tan nuevo y tan lleno de elegante abandono. Sabía que era de una melodía fácil de retener, y conociendo las facultades del pueblo italiano, temía no solamente que se apoderara de ella, sino hasta que se extendiera por Venecia antes de la representación, lo cual podría ser causa que al oír la en el teatro le acusaran de plagio.

La recomendación á Mirate no era inútil, pero al mismo tiempo hubo que hacerla á la orquesta y á todo el personal del teatro, solicitando de cada cual el secreto más absoluto. El secreto fué guardado, así que el efecto de la canción resultó prodigioso. Desde los elegantes *ritornellos* de los violines, el público se puso en expectación, y cuando el tenor acabó el primer *coup*let una tempestad de aplausos estalló en la sala.

Fué un triunfo colosal: aquella noche, después de la representación, todo el mundo tarareaba la letra y la música de la *cantata*, lo cual probó la razón que asistía al ilustre Verdi.

La renta pública en 1887—Buenos Aires, 22—De los datos recogidos por el Ministro de Hacienda para incluirlos en la memoria que está en preparación, referentes al producto de la renta durante el año 1887, tomamos los siguientes cifras:

Aduanas y receptorías . . .	\$ 44.818 176 07
Administración de sellos . . .	2.296.170 23
» de C. directa . . .	2.038.865 47
» de patentes . . .	813.581 99
» de correos . . .	856.140 72
» de telégrafo . . .	341.883 08
Agua corriente . . .	520.025 59
Depósitos judiciales . . .	77.800 02
Acnes del F. C. C. argentino . . .	257.890 25
F. C. Central Norte . . .	2.028.971 42
» Andino . . .	437.955 17
» 1.º Entreriano . . .	11.235 10
Acciones del Banco Nacional . . .	1.349.602 56
Imp. á bancos sobre emisión . . .	773.824 13
Casa de moneda . . .	7.643 74
Tierras y colonias . . .	828.702 22
Multas sobre C. directa . . .	30.082 25
Total . . .	\$ 57.483.720 01

Maderas argentinas—Los señores A. Hamelle y P. E. Millot han iniciado en Buenos Aires la formación de una sociedad anónima, bajo la denominación de «Talleres y astilleros reunidos del Chaco».

Se establecerán en Resistencia, capital de la gobernación del Chaco.

El objeto principal de la empresa consistirá en la explotación en gran escala de las selvas del Chaco, Corrientes y Misiones, á cuyo efecto la sociedad solicitará una concesión importante de tierra al gobierno nacional y comprará otra con montes, en el Chaco y Misiones.

Estas tierras serán colonizadas en parte.

La explotación de los bosques se llevará á cabo bajo un plan científico, replantándolos con maderas valiosas.

Los iniciadores expresan que la República Argentina, según los datos que revelan las estadísticas oficiales, introduce anualmente por valor de 7.120.959 pesos en maderas de distintas clases y exportar, tan solo, maderas por valor de 277.944 pesos.

Las maderas extraídas de los bosques del territorio argentino representan una cantidad anual, aproximada, de 1.481.281 pesos.

La república importa, anualmente, hierro por valor de 1.120.959 pesos, el que podría, en muchos casos, ser reemplazado por maderas del país.

Sobre esta base, los empresarios calculan que estos artículos, una vez elaborados, representan un total de cuarenta millones de pesos, y que la empresa podrá, en su mayor parte, fabricarlos con materiales superiores.







MISTRESS WOOD

LAS

# HIJAS DE LORD OAKBURN

(NOVELA ESCRITA EN INGLÉS Y TRADUCIDA POR \*\*\*)

Cuando por la tarde, despues de cerrar la iglesia se presentó el reverendo Guillermo Lyett, teniente de San Marcos, para administrar el bautismo, le dijo Judith que la señora había mudado de parecer sobre este punto, y que le suplicaba le permitiera la molestia. Mr. Lyett se volvió como había venido, lo que no dejó de causar cierta impresión en Wenneck-Sud: por todas partes se comentaba el hecho y sus circunstancias.

Mme. Smith se fué a la misma tarde en el ómnibus, llevándose el baby y las envolturas. Iba sola en el coche, que con tan poco peso daba mayores sacudidas y vaivenes.

Mme. Smith llegó destrozada. Era en vano, cuando recibía tantos golpes, que llamara a los vidrios para avisar al cochero. Sus manos tenían demasiado que hacer con el niño y con agarrarse de los almohadones. Gritaba, sin que nadie la hiciera caso, que se iba a morir. El cochero, hombre flemático, no hacía nunca caso de los gritos de los viajeros. Sabía que no teniendo ellos coche propio, no tenían mas remedio que emplear el suyo: así permanecía sordo a sus lamentaciones.

Como consecuencia de la rapidez del ómnibus, llegaron a la estación del Gran Wenneck mas pronto que de costumbre; veinte minutos antes que el tren saliera para Londres, y cinco antes que entrase en la Estación el de llegada.

Furiosa Mme. Smith con el cochero, declaró que daría una queja contra él. El empleado de la Estación—como domingo, no había mas que uno—se echó a reír al oír la contar los golpes que había recibido, y concluyó por decirle que los asuntos del ómnibus no eran de la incumbencia de la Administración del ferrocarril. Enfadada Mme. Smith, fué a sentarse en la sala de espera de primera clase; una de las puertas daba al andén; la otra al camino, testigo y causa de sus sufrimientos.

Cinco ó seis viajeros bajaron (los ingleses viajan poco los domingos); todos se fueron cada uno por su lado. Solo uno cruzó la vía cuando se vio libre, y entró en la sala de espera. Era Mr. Carlton, el médico que Mme. Crave había mandado llamar primero.

De estatura regular, airoso, apareciendo mas jóven de lo que era (veintisiete ó veintiocho años), pelo castaño, blanca tez, ojos azul claro, fisonomía simpática, Mr. Carlton tenía un aspecto distinguido. Un verdadero gentleman.

Apercibiendo, aunque confundidamente, que alguien había entrado (se descuidaba el encender luz los domingos), levantó ligeramente su sombrero al pasar por la sala, y al llegar a la puerta que daba al camino, miró hacia fuera. No vio más que el ómnibus.

—Taylor—dijo al empleado que á este tiempo se acercaba,—¿sabe usted si mi *groom* ha venido con el carruaje?

—No, señor, no lo he visto. Hace unos cinco minutos que he abier la Estación.

Carlton se volvió, y cruzando de nuevo la sala, echó una mirada sobre la mujer que estaba sentada, y que con su mal humor, no hizo caso de quien era. Volvió á abrir la puerta y miró al camino.

Dobron—dijo al cochero del ómnibus—¿no ha visto usted mi criado y mi carruaje por el camino?

—No, señor—contestó Dobron—¿quiere usted ir en el ómnibus? Vuelvo de vez.

—Muchas gracias; ya una vez por poco me hace usted pasar un percalce; no tengo intención de que se vuelva á repetir.

—¡Oh! no sabía entonces quien era usted: no hago marear tanto á cierta clase de personas. —Tenga usted cuanta confianza quiera consigo mismo; yo, si no llega pronto mi carruaje, prefiero irme á pie.

Dobron, que vio que no podía conquistar á Mr. Carlton, subió al pescante y dió un latigazo á sus caballos, que partieron al trote largo.

Iban á dar las siete; Mme. Smith se levantó para tomar billete, y dejó su viviente envuelto sobre el canapé. Carlton entraba de nuevo y oyó un vagido que parecía venir del asiento.

Se detuvo, y á poco oyó un nuevo vagido. —¡Dios me perdone! no me equivoco, es una criatura.

Acarose y reconoció por el tacto el bulto de donde aquellos provenían. La oscuridad le impedía distinguirlos; entonces sacó de su bolsillo una caja de fósforos, encendió uno y vió la cara del niño. Rara vez había visto criatura más diminuta. El pobrecito empezaba á llorar cuando madame Smith volvió.

—Le ha despertado V., dijo con ceño.

—No podía comprender los quejidos que salían de lo que yo tomaba por un feto de ropa, y he querido informarme de su origen, contestó Mr. Carlton.

—Ciertos que en su manera de gritar puede uno equivocarse. ¡Pobre criatura! parece imposible que haya salido con vida.

—Ha nacido antes de tiempo—observó Carlton.

—¡Antes!—replicó Mme. Smith, á quien chocó la observación,—¿quién es V., jóven, para emitir su opinión? ¿Es usted experto en materia de niños?

—He recibido bastantes al nacer para poder serlo.

—Estonces es V. médico.

—Sí, soy médico, y como médico, aseguro á V. que este débil sér no se halla en estado de viajar.

—No pretendo lo contrario; pero la necesidad nos obliga con frecuencia á hacer muchas cosas.

—¿Cuándo ha nacido?

—Ayer por la mañana... Caballero, tiene V. influencias en el país?

—¿Por qué me lo pregunta usted?

—Porque si Vd. las tiene, espero que las ha de emplear para suprimir ese maldito ómnibus. Las salidas que dá en el camino son capaces de matar á los viajeros. Lo he tomado para ir esta mañana á Wenneck-Sud. Dios sabe lo que he sufrido; los viajeros lo podrían decir á la vuelta: esta tarde por poco me mata. En ocho dias no me pondré buena; cuanto más gritaba, más castigaba el cochero á sus caballos. ¡Yo, que llevaba conmigo á este pobre pequeño!

—¡Es una vergüenza! exclamó Mr. Carlton. Me sorprende que Wenneck-Sud sufra semejante abuso. Ya llegará día en que ocurra una desgracia; entonces se pondrá el remedio, cuando ya sea tarde.

—Esa desgracia, caballero, la ha habido ya. Una señora jóven, apenas restablecida para ir en carruaje, tomó el viernes el maldito ómnibus, y la consecuencia de sus horribles vaivenes ha sido el intempestivo nacimiento de esta infeliz criatura.

—¿De veras? ¿Y la madre?

—La madre está bastante bien, pero podía muy bien haber acudido lo contrario.

Carlton asintió, y prosiguió diciendo.

—Una de las que visitan los señores Grey, supongo. ¿Es la jóven señora de Dipnone, del Montecillo?

—No, señor, pero no importa. Lo mismo dá que sea una dama de la corte de la reina Victoria que la hija de un labrador. El mal es el mismo. ¡Qué se lleve el diablo al ómnibus!

—¡Viajeros para Londres!—gritó el dependiente, asomando la cabeza en la sala de espera.

Mme. Smith tomó el niño y su ligero equipaje, y marchó á tomar puesto en un wagon.

Carlton volvió á la puerta, porque le pareció haber oído el ruido de un carruaje en el camino.

## CAPÍTULO IV.

### El capitán Chesney

Era el ligero y elegante carruaje de que había hablado mistress Gould, intitulándole cabriolé ó cabriolé.

Carlton, que salió de la Estación en el mismo instante que llegaba el coche, miró á su criado y conoció que había hecho algunas libaciones, causa de su retraso.

—¿Qué órdenes había yo dado, Evans?

—Siento mucho no haber llegado á la hora... No me explico lo que ha pasado. He salido á tiempo y...

—No mienta V., Evans—dijo Carlton con severo gesto.

Subió, tomó el mismo las riendas, y el carruaje se puso en camino.

Carlton supo muy bien, al tomar casa, lo importante que es para un médico que emplea, darse «cierto tono.» Por cada lado del vestíbulo había una antecámara; una elegante escalera llevaba al primer piso, donde había un bonito salón y cuatro alcobas. El salón y una de las piezas no tenía muebles aún.

Al llegar á su casa, Carlton entró en la antecámara de la izquierda, que servía de comedor. Esta pieza tenía dos ventanas, una daba á la calle, y la otra, muy ancha, al jardín. Los trasparentes de las dos estaban echados: el cuarto no recibía en aquel momento más luz que la de la chimenea encendida. Carlton removió con la piqueta la leña y llamó. Presentóse una criada de edad dudosa. Ella, Evans y Ben el lacayo componían toda la servidumbre de la casa. El chico llevaba las recetas, estaba en la farmacia y abría la puerta á los clientes.

—Que venga Ben, Anna—dijo Carlton.

—Bien, señor, haré que venga. ¿No va V. á tomar nada?

—Sí, no he comido desde esta mañana. ¿Qué tiene usted para comer?

—Carne asada y...

—Bastará—interrumpió Carlton—que venga Ben.

Entró Ben, que, como Evans, y puede ser que con Evans, se había aprovechado de la ausencia del amo para beber mas de lo justo.

—¿Hay cartas para mí, Ben? ¿y ha habido recados? preguntó Carlton.

—Cartas no, contestó Ben. Dos ó tres personas se han presentado pero se han ido al saber que usted no estaba en casa. Ayer vino un recado de parte del capitán Chesney, y otro esta mañana. El capitán está peor, segun ha dicho el negro, y se ha incomodado mucho porque estaba usted en Londres. El criado ha dicho, de parte suya, que si no iba usted hoy, haría llamar á Mr. Grey.

—Que los llame á los dos si quiere—dijo Carlton de mal humor.—¿Y qué mas, Ben?

—Nada mas—dijo Ben, y se fué.

El chico no se acordaba de otra cosa. Olvidaba á Judith y la carta de Mme. Crave.

Carlton reflexionó un momento; de repente se alzó, pasó por el vestíbulo y cogió su sombrero; Anna subía de la cocina con la cena, y quedó sorprendida mirando á su amo salir.

—Que todo esté corriente—dijo Carlton—vuelvo en seguida.

Fuó derecho al Montecillo, donde vivía el irascible capitán Chesney, que le había enviado ya dos recados. Los médicos generalmente no son muy exactos en visitar los enfermos cuando saben que no están de peligro. Carlton no era de éstos; sentía mas disposiciones al orgullo que á la complacencia. Lo que en el momento hacia, nada tenía que ver con su profesión.

Hacia unos tres meses que el capitán Chesney, de reemplazo, vivía en Wenneck-Sud. Venía de Plymouth. La casa que habitaba, llamada Cedar Lodge, era un palacio pintado de blanco, con un jardín muy bien cuidado; pero el mucho arbolado le daba un aspecto salvaje. El viejo capitán era muy estirado, y consideraba de suma importancia que todo lo que le rodeaba estuviera limpio y reluciente.

Era de la nobleza, perteneciendo á la familia de los lores de Oakburn; su fortuna, como la de casi todos los oficiales del ejército, era bastante reducida. Habitaban con él en Cedar Lodge tres hijas suyas, Juana, Laura y Lucy. La diferencia de edad entre ellas era muy notable; cosa no extraña si se atiende á que su padre, retenido por las exigencias del servicio activo, había pasado largas temporadas fuera de su casa.

El Capitán sufría de gota; su carácter, naturalmente violento, se irritaba más cada día.

La casualidad le había hecho conocer á Mr. Carlton. Se encontró malo á su llegada á Wenneck-Sud; envió á su negro Pompeyo que buscara un médico; Pompeyo llevaba largos años á su servicio; pidió informes y se dirigió á casa de los Sres. Grey. Los dos estaban fuera; el criado le dijo que uno de ellos volvería antes de la noche.

Era ya tarde cuando regresó Pompeyo con la contestación. El Capitán se enojó violentamente; quería un médico y lo quería en el acto. Mandó á Pompeyo, que, al volver de casa de los Grey había leído en una placa «Luis Carlton, médico consultor,» se fué allá en derechura.

Carlton estaba en casa, y desde entonces había asistido al Capitán. Este, durante el invierno, sufrió ataque sobre ataque, y el médico se hizo íntimo en la casa.

Carlton se dirigió al Montecillo. La casa del capitán Chesney estaba á la derecha, á la mitad del camino. Despues de abrir la puerta del jardín se encontraba en una tortuosa calle de árboles, que conducía á la habitación. Por esta sólo era dado percibir la calle mirando por las ventanas bajas. Delante había un parterre en declive; á los lados, macizos de flores. El sitio era bonito, aunque de poca extensión.

Carlton dirigió una mirada á las ventanas del salón, que estaban iluminadas por el fuego de la chimenea.

En el cuarto de arriba, que era el del Capitán, había luz.

—¡No ha de haber vuelto todavía de la iglesia! se dijo Carlton entre sí, llamando á la campanilla. Laura vá generalmente á la que está al otro extremo de la ciudad. Estarán todos fuera.

Pompeyo se puso muy contento viendo venir al doctor.

—Mas—dijo en voz baja—me había recomendado que trajese otro médico, Mr. Grey.

Mr. Carlton al oír la confidencia adoptó un aire de desprecio. Cosa curiosa; la susceptibilidad extramada de su cliente la hacía ser muy nervioso; subió con precipitación las escaleras, hasta llegar al cuarto del Capitán.

Encontrábase éste en la cama, algunos dias antes le halló Carlton con un ataque muy fuerte, y había hecho lo posible para hacerle entrar en convalecencia; pero las visitas de Mr. Carlton y las de cualquier otro médico eran inútiles. Durante la convalecencia era cuando el Capitán estaba de más mal humor.

Era pequeño de estatura, con ojos grises muy vivos, cejas canosas, bien arqueadas, y pelo blanco y espeso.

Una de las hijas del Capitán estaba sentada junto á la cama. Era Laura, de quien mistress Gould había dicho á su inquilina que «era una hermosura». Lo era en realidad, con grandes ojos negros, mas vivos todavía que los de su padre, pero más brillantes que dulces.

Al presentarse el médico, Laura se levantó; apenas se habian saludado, el Capitán dijo con voz seca:

—Déjanos, Laura.

Hizo ésta una ligera cortesía y salió. Sentóse Carlton entre la cama y la chimenea, mirando de frente al Capitán, y esperó, ántes de hacer la menor pregunta, á que la cólera se desbordase.

—Nada, puedo, Capitán, dijo tranquilamente cuando se hubo serenado la tempestad. Es digno de nosotros que Carlton, en presencia del Capitán, jamás perdía, cualquiera que fuese el lenguaje del enfermo, su más exacta urbanidad. Recibió un telegrama de mi padre llamándome á Londres sin pérdida de tiempo, si quería verle antes de morir: aquí tiene V. la explicación de mi ausencia.

—Y yo me hubiera muerto—replicó gruñendo el Capitán.

—Perdone V.; tan lejos estaba de suponer que se pudiera V. morir, que le dejaba á cien leguas del más mínimo peligro. De lo contrario, hubiera rogado á uno de los señores Grey que me reemplazara.

—Si V. no viene esta tarde, yo mismo lo hubiera mandado llamar,—repuso el Capitán.—¡Qué horror, verme en cama sufriendo el martirio sin médico que me asista!

—Pero, Capitán, lo que V. sufre nada es en comparación de lo que ha sufrido. ¿No se ha levantado V. hoy?

—No, ni quiero—contestó agriamente.

—Bueno, mañana nos levantaremos y lo vendrá á V. bien.

—¡Hum! ¿Ha encontrado V. aspirando á su padre?

—No; con placer, lo he hallado mejor, pero su vida no puede ir muy lejos.

Despues de algun silencio continuó: —No podré prescindir de volver si me llama para verle, si es posible, ántes que muera. Es un deber sagrado. Mi padre y yo no hemos estado siempre acordes,—añadió Carlton con un tono de confianza que no le era habitual. La cosa importaba poco al Capitán. Su médico era su médico; el orgullo del viejo marino no le permitía hacer de él un amigo.

—No ha sido buen padre para mí, repitió el médico mirando al fuego con aire pensativo,—no muy bueno. Perdió á mi madre siendo niño.

Los hombres en este mundo son con frecuencia lo que les hacen ser las circunstancias; los padres nada pueden en contra,—replicó con viveza el Capitán.

—¡Oh!—exclamó Carlton—hablando, no del carácter, sino de la suerte. Usted ignora lo que ha sido mi infancia y mi juventud, estando sin madre. Si ella hubiera vivido, las cosas hubieran pasado de distinto modo.

—¿Está pobre su padre de usted?—preguntó el Capitán.

—No, gracias á Dios. Es rico, y yo (Carlton apoyó sobre estas palabras) soy hijo único, su sólo heredero.

—Me parece que debía usted cambiar esta medicina.

La observación hizo á Carlton volver á la cuestión.

Se levantó, tomó la botella que le indicó el Capitán, y se hizo de nuevo médico y hombre reflexivo.

Algunos momentos despues se despidió del Capitán.

Cuando salió, Mr. Chesney dió un bampanelazo que hubiera alborotado á un regimiento. Era para que Pompeyo acompañase al doctor hasta la puerta.

Pompeyo estaba acostumbrado á este modo de llamar.

Al pasar Carlton por el corredor, se abrió la puerta del cuarto que estaba enfrente, dando paso á Laura Chesney.

Carlton se acercó con presteza y le tendió una mano, que Laura estrechó entre las suyas. Cierta animación se manifestó en sus ojos y se puso muy colorada. Carlton, el flemático Carlton, en las pocas palabras que se dijeron en voz baja, se manifestó conmovido, y su cariñoso acento daba á conocer las relaciones que entre ambos existían.

—Laura, tenía no disfrutar de este grato momento. Creía que había usted salido.

—No; Jane y Lucy están en la iglesia; yo me he quedado con papá. ¿Cuándo ha vuelto usted?

—Hace un rato. Laura,—exclamó con apasionado acento,—encontrarme con usted sin esperarlo, me parece un paraíso....

Carlton no tuvo tiempo más que de estrechar las manos de Laura y continuar su camino. Pompeyo se había presentado.

Laura oyó las puertas que se cerraban y el último eco de los pasos en la arena, que le parecieron como una música agradable.

Cuando todo quedó en silencio, dió un suspiro y entró en el cuarto de su padre.

Un minuto despues de salir del jardín Mr. Carlton, Jane, la hija mayor, y Lucy, la más jóven, volvían. Carlton no hizo más que saludar, pero Jane le detuvo.

—¿Se va V., Mr. Carlton? ¿Ha visto V. á mi padre?

—Acabo de dejarle; está mucho mejor: los dolores no han desaparecido, pero no es lo que era hace algunos dias. Antes de esa cuenta y ocho horas podrá bajar; así lo espero.

La más pequeña se le acercó bailando de gozo.

—Cure V. á papá pronto. Que se cure y está contento. Me ha prometido un día de asueto y salir conmigo cuando esté bueno.

—Magnífico, miss Lucy, contestó riéndose el médico. Lo curaré pronto para que tenga V. su día de asueto.

Carlton dió las buenas noches á Jane, abrió la reja y salió.

Las pocas palabras que había dicho al capitán Chesney evocaban en Carlton recuerdos de toda su vida; sus buenos y malos dias, las amarguras que había tenido, sus debilidades, sus faltas.

Su padre, que, como él, era médico en uno de los distritos de Londres, había tenido una vida agitada. Era escéptico, sin escrúpulos de conciencia, y su hijo, en sus primeros años, no había recibido de él sino malos ejemplos. Si hubiera vivido la madre, como se lo dijo al capitán, las cosas hubieran cambiado. Abandonado en su infancia, entregado á sí propio en su juventud, sin consejos ni vigilancia paternos, no había podido esquivar los peligros y asperezas de la vida.

Jóven, contrajo deudas. El día en que tuvo que contárselo á su padre, hubo una escena terrible, seguida de un encono que duró bastante tiempo. Algun tiempo despues hubo una apariencia de reconciliación, y se pagaron las deudas.

Entonces fué cuando Carlton fijó su residencia en Wenneck. Su padre é hijo se velan alguna vez, la cordialidad brillaba por su ausencia en sus raras entrevistas.

En el momento de nuestro relato, la situación era diversa. El anciano Mr. Carlton, en su enfermedad, era muy otro que el Carlton bueno y sano, y se había reconciliado con su hijo. Le hizo conocer el testamento, en que le instituyó su legatario universal, asegurándole el goce de una fuerte cantidad, colocada en el Banco.

Seguro Carlton del presente, forjó proyectos para el porvenir. Uno de ellos formaba las esperanzas de su vida: una boda con Laura Chesney, de quien estaba enamorado.

Cuando volvió á su casa, la cena le esperaba. Antes de sentarse sacó de su bolsillo tres ó cuatro cartas y las abrió para leerlas.

—Debo guardarme ésta, se dijo á sí mismo, y la volvió á poner en el sobre.

—Quemaremos las demás; tengo que cenar antes.

Las puso cerca de sí sobre la mesa, se sentó y empezó á comer.

Casi al mismo tiempo se le presentó Ben, muy cariñoso, con un papel en la mano.

—¿Qué trae usted? preguntó Carlton.